

RESEÑA

Marcos Bernard; Andrée Cuissard, Temas de psicoterapia de grupos. Helguero Editores, Bs. As., 1979, 76 págs

Por Lic. Silvia F. Zisman

El trabajo del que nos ocuparemos, ampliación y desarrollo de clases dictadas por los autores en junio de 1977, se compone de dos partes: "Temas teóricos", a cargo del Dr. Marcos Bernard, y "Temas técnicos", expuestos por la Dra. Andrée Cuissard.

Hemos decidido realizar el comentario (será más preciso decir síntesis) del texto del Dr. Bernard porque creemos que constituye un importante aporte en tanto modelo de pensamiento para el abordaje de los pequeños grupos, especialmente en la tarea terapéutica. Su valor es aún mayor si tenemos en cuenta que es este un campo en el cual son escasas las teorizaciones exentas de extrapolaciones conceptuales o que superen un nivel meramente descriptivo. Si bien de formación eminentemente psicoanalítica, el autor se propone una integración superadora de las consabidas antinomias entre la psicología social y el psicoanálisis en el trabajo grupal, así como de la clásica entre psicoanálisis *en* el grupo y psicoanálisis *del* grupo.

Haciendo un breve repaso de la literatura sociológica que ha encarado el estudio de la relación entre el individuo y el contexto social —que en cierta forma tiene su equivalente en las concepciones sobre terapia grupal—, inscribe su postura en la línea inaugurada por G. Mead: "La sociedad (el grupo) es históricamente anterior a los individuos que se generan en su seno, quienes se constituyen en sus portadores al internalizarlas. A su vez, estos contribuyen a su modificación a través de peculiaridades específicas".

Destacamos estas líneas porque encierran la idea central que va desarrollando: la emergencia de la identidad personal en el seno del grupo familiar, las causas que determinan que la misma adquiera o no un buen nivel de autonomía y, finalmente, la relación entre estos posibles avatares de la personalidad individual y los fenómenos grupales.

El grado de autonomía que logre alcanzar un sujeto estará en proporción directa al grado en que pueda resolver la situación simbiótica original, sostiene el autor, siguiendo nociones que fueron trabajadas en nuestro medio por J. Bléger. El nacimiento implica la pérdida de una situación totalmente omnipotente en la cual no eran necesarios los objetos; si la frustración que le es inherente no es tolerada, el individuo buscará un retorno a dicho estado y tenderá a la instauración de vínculos con objetos idealizados.

La introyección de las experiencias intersubjetivas entre el sujeto, el padre y la madre

(objetos fundamentales) dará lugar a la constitución, en el niño, de una estructura triangular que será un modelo simbólico de las relaciones y de los objetos concretos a partir de los cuales se forma, porque los elementos constitutivos estarán discriminados entre sí y el sujeto lo estará del grupo exterior. Esta matriz, que es llamada "grupo interno" (terminología de Pichón Riviére usada aquí con matices distintos), le permitirá al sujeto ya adulto, en sus sucesivos contactos grupales, percibir lo que esa nueva realidad tenga de peculiar, de diferente, respecto de sus personajes originales.

"Si predominan las relaciones de objeto idealizadas (por la imposibilidad del sujeto de resignar su omnipotencia), la discriminación entre Yo y el objeto se verá entorpecida. Un margen de fusión... no se resolverá entre el sujeto y sus objetos. El grupo externo, que por introyección debería dar lugar a un grupo interno, quedará fundido con éste... La identidad que surge de este tipo de introyección quedará ligada a la interacción del sujeto con sus objetos "externos" (él no los reconoce como tales)".

Desde ya, en el tránsito por la situación edípica juega un importante papel el propio grupo interno de la madre, pues de él depende que ésta acepte su doble rol en el triángulo: como madre y como mujer, reconociendo el lugar del padre que impone la discriminación entre ella y el niño, como desde otra perspectiva lo expusiera J. Lacán.

Examinaremos ahora las implicancias mutuas entre ésta noción de identidad y los fenómenos grupales.

Varios autores se han referido a dos niveles observables en los pequeños grupos: un aspecto centrado en la tarea manifiesta ("grupo de trabajo" para Bion, "Yo grupal" para Bléger, etc.) y otro aspecto, resultante de las actitudes afectivas de los miembros, que entorpece o perturba al anterior ("grupo de supuestos básicos" para Bion, "sociabilidad sincrética" para Bléger, etc.). El Dr. Bernard designa *grupos primarizados* a aquellos en los que predomina ésta segunda vertiente, cuya función —dice— será suplir con apoyo exterior la constitución deficitaria del grupo interno de sus integrantes.

"En la medida en que el punto de referencia preponderante es la tarea externa del grupo, este puede ser definido como 'secundario'. Pero tiene características, además, de grupo 'primario, en cuanto contribuye a modificar la personalidad de sus miembros. Definiremos grupo 'primario' a un grupo 'secundario' cuya tarea especial es generar identidad en sus participantes: ej. una familia". Conviene aclarar que el sociólogo norteamericano Ch. Cooley creó las expresiones "primarios" y "secundarios" para la clasificación de tipos diferentes de grupos, mientras que, como ya dijimos, en este esquema se alude con ellas a niveles de un mismo grupo.

Para que un grupo pueda funcionar predominantemente como secundario será necesario que todos o la mayoría de sus miembros hayan logrado en su evolución una identidad independiente, que les permita desempeñar el rol específico que la tarea

requiere, pero sin fundirse con el. Estos sujetos podrán, además, optar por roles alternativos en otros grupos a los que pertenezcan. La faceta primaria radica en la posibilidad que otorgan al individuo de un enriquecimiento, que obtiene merced a la internalización de las estructuras grupales en las que se va incluyendo y al desempeño de diversos papeles conforme la división del trabajo lo requiera en cada caso.

Por el contrario, en un grupo primarizado todos o la mayoría de sus integrantes poseen una identidad precaria. Habíamos dicho que la superposición (indiscriminación) entre los personajes del mundo externo y del mundo interno impide a una persona actuar independientemente de los objetos del afuera. "Cuando un sujeto en estas condiciones se inserta en un contexto grupal, su grupo interno, estereotipado y rígido es superpuesto sobre la estructura de roles del grupo externo. Esta estructura, organizada a partir de la tarea manifiesta es modificada a fin de que pueda adaptarse a la estructura de roles del grupo interno del sujeto. . . En la medida en que el grupo interno se superpone con el externo, el individuo es el grupo, como lo sostiene Bléger".

La comunicación, que en un grupo secundario tiene una función eminentemente informativa, en un grupo primarizado se convierte en redundante al limitarse los contenidos a transmitir, a fin de evitar la aparición de diferencias insoportables en ese nivel narcisístico de relación.

En cuanto a los grupos terapéuticos, encierran una problemática contradictoria, ya que los pacientes ingresan a ellos para resolver sus síntomas e irse, pero también, simultáneamente, dado el déficit de simbolización alcanzado por las personalidades neuróticas, para permanecer. "Si los rasgos patológicos desaparecen (o se modifican), esta pertenencia aparece cuestionada, y esto funciona como factor de resistencia a la terapia". Moviéndose en un delicado equilibrio, el accionar del terapeuta deberá consistir en promover la discriminación, "generar y completar ese tránsito a un orden simbólico".